

Lima-Sao Paulo, escalas*

Un graffiti en el alma

JAIME AVILES

Aturdido y exhausto por las con-tinuas pesadillas de la noche, Flores Rojas se levantó a las nueve, tosiendo y de mal humor; ante el espejo del baño imaginó que salía a la calle sin corbata y sin haberse pasado el peine en señal de protesta contra Buenos Aires, contra la soledad que la ciudad instigaba, contra el rumor de la llovizna en la ventana, que no cesaba de imitar el tamborileo de una mano de mujer de uñas largas y ansiosa de conocerlo.

El día era de nuevo gris y las perspectivas que reservaba para un hombre acorralado por el frío eran tristísimas. Una alternativa era quedarse en la cama y leer; llevaba consigo *Altazor* y *El Cid*, de Huidobro, que éste incluía en el "género" de la hazaña; traía también *El vaso de leche*, de Manuel Rojas, y una colección de cuentos de Chile al sur, de Francisco Coloane. Y sin embargo tenía hambre; había despertado con la insistente gana de unos huevos con jamón, que por lo demás no encontraría, y estaba ansioso de organizar su propia fuga, no sólo de la ciudad y del país sino también de esa recámara infecta y de ese cuarto de baño de mosaicos lívidos en donde permanecía encantado mirándose con horror desde el espejo.

Se metió a la regadera pensando todavía en salir sin corbata y desafiar así a los miles de hombres que la llevaban como emblema ciudadano. Pero no, se dijo cerrando los ojos en el chorro de agua y enjabonándose la cabeza, no lo habían preparado los grandes maestros para cometer una tontería tan indigna y tan pueril. No en vano le habían enseñado lo indispensable para caminar por aquellas ciudades sin llamar la atención de nadie. ¿Cuántas veces había practicado en México el arte de despistar a un perseguidor, aprendiendo a identificarlo en un tumulto para después "colarlo" en una calle vacía, sin alejarse demasiado de la muchedumbre? ¿Para eso habían malgastado su tiempo en él?

Seamos profesionales, se dijo frotándose con la toalla, animado por el recuerdo de aquellos sus preceptores en materias subversivas, uno de los cuales planeó al detalle la cobranza de un secuestro y la ejecutó paso a paso a través de una red de ferrocarriles suburbanos, sólo para perder nada menos que al pagador con un maletín repleto de dólares por millones, en una estación solitaria en la que se apearon del tren, aparte de él, tres hombres de beige con gabardinas similares, para desfilar ante sus ojos cada cual con un maletín idéntico...

Impecable, de corbata roja y en su abrigo a cuadros -que le daba sin que él llegara a sospecharlo un aspecto ridículo- bajó a desayunar sin sentir el terror que en la víspera le causara su vecina, que ahora seguramente estaría durmiendo. No encontró, desde luego, un café en donde alguien supiese freír huevos con jamón o con tocino, así que pidió capuchino y *corneto* como emigrante romano, y empezó a reflexionar que desde el punto de vista cristiano había cometido un pecado gravísimo de explicar ante su propia, atea, conciencia: habíase cogido en sueños a una mujer de la policía fascista, acaso a una asesina, y de hecho lo había disfrutado sin reparos e incluso ahora lo recordaba con deleite. En su descargo, intentó purificarla a través del deseo: ella era buena, era inocente, era víctima; también a ella la obligaban a sufrir humillaciones y torturas, a mantener su obediencia con amenazas. Pero no puedo creer, se dijo, que sólo porque me gusta sea la excepción a una norma bajo la cual son todos hijos de puta, concluyó soplando la ardiente espuma del café que le empañaba los lentes. Ni pedo; me puse los cuernos a mí mismo, se dijo a manera de veredicto: aproveché que estaba dormido para engañarme a mí mismo con la del cuarto de junto.

El frío dolía en las orejas cuando abandonó el café, las manos siempre en los bolsillos del abrigo, la cara inerte ante el aliento de la humedad, pensando en aquellos tiempos de la escuela cuando lo tomaba por asalto el demonio. De pronto estaba en clase de gramática y el diablo adoptaba su propia voz y le hablaba desde adentro diciéndole: "Dios es puto". "No es cierto, diosito, no es cierto, yo no lo dije", respondía con una viva catilinaria de súplicas, no tanto para aplacar la ira de Dios, que sabría perdonarlo con indulgencia, sino para acallar la maldita voz de Belcebú que de nuevo, desde lo más profundo de su cerebro ya se aprestaba a repetir: "¡Dios es puto!, ¡Dios es puto!". Y otra vez el niño: "¡Te juro que yo no fui, diosito, te juro! Dios te salve María, llena eres de...".

Flores Rojas se detuvo en una bocacalle, sin ver que el semáforo de peatones lo autorizaba a cruzar. He sido traidor siempre, se dijo, pensando que si hubiera denunciado a tiempo al chamuco por difamar al altísimo, tal vez, tal vez al menos le habrían practicado un exorcismo; ahora en cambio más bien ya era tarde.

Pero no lo sentía.

"Río-Sao Paulo-La Paz-Lima-Montevideo-Quito", gritaba en la acera de enfrente un anuncio. Con fascinación deletreó acercándose a la tienda de viajes: "R-í-o S-a-o P-a-u-l-o... ¡Río!", exclamó su voz interna y la fotografía del Pao de Acucar dispuso tanto escrúpulos como recuerdos. El hecho de saberse tan sólo a un paso de Brasil, de pensar que si lo deseaba esa misma noche estaría en cualquiera de las dos ciudades brasileñas, lo paralizó de emoción. Leyó el cartel como un indigente a la puerta de una panadería; examinó el precio de la tarifa a Sao Paulo, hizo vanos esfuerzos por dividirlo a la mitad para adivinar el monto

del viaje sencillo, pero fracasó al ensayar la conversión en dólares. De cualquier modo se dio una idea y contando los billetes que llevaba doblados en el pantalón, aunque sin exponerlos a la luz pública, entró en la agencia como Díaz Grey resuelto a escapar de Santa María.

Cuando la muchacha del mostrador le entregó el boleto con sus esbeltas uñas de color mate -que en una argentina era ya una reiteración- Flores Rojas lo tomó como una frágil y blanda chequera, y entonces con ojos de recién casado leyó su nombre y el de Sao Paulo, unidos al fin como en un acta de matrimonio, y encendió un cigarro para disimular la sonrisa. ¡Al fin! Sí, al fin su destino esa tarde era nada menos que la ciudad por la cual llevaba tantas semanas y kilómetros viajando, primero en avión hasta el Perú, y desde ese momento por tierra, en carreteras infinitas que parecían hundirse en el desierto profundo cuando en verdad corrían paralelas a la orilla del mar, sobre la larga costa de acantilados monótonamente depresivos del Pacífico: paredones grises, muertos, que por fortuna a veces ocultaba la niebla.

Iba en un autobús de Tepsa -y la propaganda rezaba: "Porque Tepsa sí sabe llegar"- y pensó que de allí en adelante no vería nada tan horroroso como la periferia de Lima, que sólo era un poco más fea que la espantosa capital virreinal. Sin embargo, el vehículo se internó por un llano descolorido en el que todavía quedaban unas casuchas aquí, allá un tiradero de basura, hasta que desapareció cualquier vestigio de existencia humana: el llano era eterno y monótono, el mundo era liso con tenues montañas a la izquierda, y a la derecha, cuando se apartaba la niebla, surgía pétrea la costra del mar. Luego transcurrió un siglo en que la noche se alternaba a pedazos con los sueños y la vida era presidida por el ronroneo del motor.

En algún momento, el carromato se estacionó a la puerta de un caserío infectado de perros, y los pasajeros, como en México, dispusieron de 20 minutos para cenar que se convirtieron en una hora: había un caldo de pollo tibio y fritangas de harina rellenas de algo que Flores Rojas no se atrevió a suministrarse. Al amanecer lo despertó, recostado contra la ventanilla, el estruendo de un pueblo donde todos los autos pitaban las bocinas; risas de niños, voces de indias vendedoras, furor de tianguis. El Tepsa, que sí sabía llegar, se había descompuesto con carácter irrevocable en una curva del camino a 50 kilómetros de Arequipa. De modo que hubo que esperar otro camión y viajar de pie, entre canastas y pollos y pasajeros dormidos, antes de entrar en una ciudad desde cuya plaza de armas se veían, tras el palacio municipal, tres pequeños volcanes en fila con su manto de nieve sobre el cono invertido de la punta. Esa noche, en una pensión barata y agradable, a solas en su cuarto, destruyó todas las direcciones que le habían dado sus amigos chilenos en México, y se las echó al bolsillo del saco después de copiarlas en una libreta bajo nombres de personas y calles falsos, pertenecientes a Bogotá, que en realidad correspondían a Santiago de Chile. Desde el taxi que ahora lo conducía al aeropuerto de Buenos Aires, Flores Rojas evocó nostálgico aquella noche en Arequipa, cuando se acostó a dormir pensando que al día siguiente invadiría el reino de Pinochet y le declararía en secreto su propia guerra, sin imaginar que su diablo interno iba a asestarle una nueva sorpresa en la frontera chilena...

*Tercera parte